

DESAYUNO INFORMATIVO DE YOLANDA BARCINA  
EN EL CLUB "NAVARRA PUERTA DE EUROPA"  
24 de septiembre de 2013

Inmersos de lleno como estamos en una de las crisis más graves de las que hay memoria en Navarra, España y parte de Europa, resulta inevitable comenzar hablando de nuestra situación económica.

Afortunadamente, y casi por primera vez desde que soy presidenta, puedo hacerlo de una manera algo más esperanzadora, puesto que a lo largo de las últimas semanas han proliferado las señales que sugieren el inicio de la senda conducente a la recuperación económica.

En el segundo trimestre del año en curso tanto la Unión Europea como la zona Euro han alcanzado tasas positivas de crecimiento, lo que marca el final de la recesión en que ambas estaban sumidas. La locomotora alemana parece haber recuperado capacidad de tracción, ayudada por los buenos resultados de Francia, mejores de lo esperado.

En España, las tasas de variación del PIB se mantienen en valores negativos, pero acercándose progresivamente a cifras por encima de cero. La relajación de la prima de riesgo, la evolución de la bolsa y las recomendaciones de bancos de inversión extranjeros para adquirir deuda pública española indican que los temores e incertidumbres de hace unos meses se van disipando.

Sin duda, todo lo anterior constituye un elemento esperanzador, también para Navarra. Como economía regional muy integrada en la española y europea, la nuestra se verá beneficiada por la recuperación en nuestro entorno más inmediato.

Ahora bien, de la misma manera en que debíamos evitar diagnósticos catastrofistas y actitudes derrotistas cuando la coyuntura era peor, hoy tenemos que alejarnos de tentaciones triunfalistas. Situaciones tan complicadas como las que nos ha tocado vivir en los últimos años requieren, ante todo, de realismo.

De nada sirve lamentarse de lo que pudo ser y no fue. De nada sirve negar las dificultades que nos aquejan. Y de nada sirve

repartir culpas por los errores del pasado. Lo que debemos hacer es no repetirlos y preocuparnos por conocer bien los problemas a que nos enfrentamos y sus causas.

Debemos ser conscientes también de los recursos con que contamos y de las restricciones que nos limitan. Y a partir de ahí hemos de tomar las decisiones que, según nuestro mejor entendimiento, más convengan para el bien común.

Como podrán imaginarse, las complicadas circunstancias económicas actuales hacen de las tareas de gobierno una labor hartamente compleja y no demasiado grata. Lo sabemos y lo asumimos con la responsabilidad que demandan dichas circunstancias.

Nos vemos en la necesidad de reconducir unas cuentas públicas desequilibradas. Con políticas cuyos costes son inmediatos y cuyos beneficios no son fácilmente visibles para la sociedad navarra, pues habrán de manifestarse con claridad sobre todo en el medio y largo plazo. Estamos tratando de devolver la economía navarra a la senda del crecimiento sostenido y la prosperidad a partir de la estabilidad presupuestaria. Para ello, deben aceptarse sacrificios a corto plazo que, por supuesto, han de ser compartidos.

Pero, en aras de la recuperación económica y del crecimiento futuro, cualquier sacrificio no es aceptable. Así, entendemos que hemos de acometer estas políticas de ajuste salvaguardando la prestación de los servicios básicos y procurando dañar lo menos posible el crecimiento a corto plazo.

Creemos también que nuestras políticas han de responder plenamente a nuestro convencido respeto hacia principios como los de responsabilidad y lealtad institucional, imprescindibles para que el conjunto de las administraciones públicas españolas participe en los esfuerzos propios de la disciplina fiscal.

Navarra cumple los objetivos de déficit, y comparte con sacrificio y solidaridad los esfuerzos de toda España. Pero no son aceptables, en modo alguno, tratos de favor a quienes precisamente llevan a cabo una mala gestión y ejercen la deslealtad institucional.

Sobre este particular, en idénticos términos de responsabilidad y lealtad institucional, creo igualmente imprescindible que se garantice un total respeto hacia nuestro régimen foral.

Se trata de un régimen amparado por la Constitución que, contrariamente a lo planteado por algún partido en el Congreso español la pasada semana, no tiene nada de insolidario o injusto. No incidiré más en este asunto puesto que doy por hecho que es sobradamente conocido por quienes nos congregamos en este foro.

-----

En definitiva, Navarra padece los mismos grandes problemas que aquejan al conjunto del país: recesión y paro. Y lo hace en menor intensidad, aunque en esta segunda caída nuestra economía haya replicado el comportamiento de la española más de cerca que en la recesión de 2009.

Sea como fuere, algunas señales parecen anticipar que asistimos ya al final de la contracción registrada en nuestra Comunidad durante el último año y medio. Entiéndanme bien: esto no significa que vayamos a crecer a un alto ritmo, creando mucho empleo. Para ello, desafortunadamente, habrá que esperar. Pero sí hemos tocado fondo y nos vamos aproximando a la superficie.

Entre las señales positivas, cabe destacar la progresiva reducción del paro registrado, que tocó su máximo histórico en febrero, con más de 56.000 desempleados. En estos momentos esa cifra habría caído al entorno de 50.000, refrendando así el retroceso que se observó en la tasa de paro de la EPA del segundo trimestre.

A lo anterior se suma que, a pesar de seguir en valores negativos, las tasas de crecimiento van en ascenso en los últimos trimestres. Las proyecciones elaboradas por nuestro departamento de Economía, casi coincidentes con las que manejan otras instituciones, sugieren la continuidad de esa tendencia.

La intensidad de la caída no sólo iría disminuyendo en lo que queda de año, sino que incluso podría dar paso a tasas ligeramente positivas de crecimiento, para concluir 2013 con una contracción anual del PIB cercana al 1,4%. Como digo, poco a poco iríamos hacia tasas de crecimiento anual positivas, que podrían moverse en el entorno del 0,6% en 2014.

Todos estos datos también encajan en la hipótesis de que el empeoramiento relativo de Navarra en el último año y medio fue de carácter excepcional y transitorio. Sobre este particular, fijémonos

en unas cifras que creo muy ilustrativas: mientras que el PIB trimestral de España es hoy un 7% menor que a finales de 2007, el de Navarra ha retrocedido sólo en un 1,8% en el transcurso de esta doble recesión.

Navarra, a pesar de los serios problemas coyunturales asociados a la recesión europea, española y regional, cuenta con un modelo de economía competitivo, erigido sobre algunas fortalezas estructurales muy notables, de las que el peso de la industria es un perfecto representante. Esas fortalezas estructurales de que disfrutamos han de servir para impulsar la recuperación.

Y debemos trabajar en ellas, así como en reducir nuestras debilidades, para continuar con la modernización del modelo económico navarro y seguir entre las Comunidades Autónomas con mayor renta per cápita. Les recuerdo que nuestra renta per cápita supera hoy a la media nacional en un 27%.

Nuestras fortalezas competitivas comienzan en la composición sectorial de la economía. El 28% del PIB que explica nuestra industria es parecido al dato en Alemania, y muy superior a la media española. Dependemos de la construcción y los servicios menos que el resto de España. Nuestro sector agrícola tiene mayor peso también que la media española. Esto representa una ventaja por el dinamismo de nuestro sector agroalimentario, cuyo crecimiento diversifica nuestro tejido industrial, si bien es cierto que la rama del automóvil, con la presencia de Volkswagen, sigue siendo capital.

Hay que tener presente que Navarra también destaca en términos de esfuerzo de innovación y desarrollo. Navarra está en una posición de ventaja relativa en muchos elementos estructurales básicos para el crecimiento y la adaptabilidad.

Estas y todas las demás fortalezas de nuestra economía deben alentarnos en los esfuerzos diarios para reconducir la situación hacia una nueva senda de crecimiento sostenido. Una senda a la que debemos acceder por la puerta de la estabilidad fiscal y presupuestaria.

En estos últimos años, el Gobierno de Navarra ha sufrido, como el resto de Administraciones Públicas, una caída estructural de los

ingresos, con el consiguiente efecto desestabilizador de las cuentas públicas. Desde 2007 Navarra ha tenido que recurrir al endeudamiento, de manera que la ratio deuda pública sobre PIB se ha elevado hasta el 17,9%. Un valor que, si bien está un punto por debajo de la media española, obligará a esfuerzos en años venideros para cumplir con los límites máximos.

En el Gobierno de Navarra creemos que la estabilidad presupuestaria y fiscal es hoy un activo para el crecimiento. Por coherencia y responsabilidad para con el futuro de nuestra región, apostamos por esa línea, asumiendo sus evidentes costes políticos. Es un compromiso inequívoco que el año pasado nos permitió cumplir con el objetivo de déficit. Una buena noticia pues redundará en beneficio de un acceso a financiación más barata.

Nuestra aproximación a la consolidación fiscal no es dogmática, en absoluto, pues estamos ante disyuntivas difíciles. Renunciar a la consolidación presupuestaria supone generar incertidumbre, desconfianza y, por tanto, costes para toda la actividad económica.

Por otro lado, reducir el gasto en exceso daña el crecimiento a corto plazo. Es preciso un estudio cuidadoso de las partidas que soporten esa reducción, para garantizar la prestación de los servicios básicos que demanda la sociedad. Por ello, reducciones excesivas son tan nocivas como la inacción.

Creo que tenemos ante nosotros un interesantísimo debate fiscal a la vista. El gobierno que presido trabaja en la elaboración de una profunda reforma fiscal. Nuestra intención es la de proponer al parlamento un sistema fiscal que estimule el crecimiento económico, un sistema que no frene al ahorro, al empleo y la inversión, un sistema que simplifique los tributos y que se traduzca en la creación de bases imponibles más amplias consiguiendo que se incremente el número de contribuyentes.

Un sistema, no me cansaré de decirlo, en el que ningún navarro se encuentre en peores condiciones que los ciudadanos del resto de comunidades españolas. Quienes reducen la solución de todos nuestros problemas al cobro de más impuestos a los que denominan “ricos” no son sinceros con esa amplia clase media de nuestra sociedad que es, a la postre, la que sufre unas tras otras las subidas de impuestos.

En toda nuestra apuesta de futuro y acción presente, el papel protagonista corresponde a las empresas y la ciudadanía navarras. Al Gobierno le atañe una labor facilitadora o catalizadora, que aliente al sector privado en la creación de empleo y riqueza. Y esta idea está presente en los distintos programas y actuaciones que ya hemos emprendido o están a punto de ponerse en marcha.

Tenemos al respecto una premisa básica, fundamental: la importancia excepcional de la industria. Queremos centrar esfuerzos y atención en este sector, sin descuidar otros, convirtiéndolo en la palanca de desarrollo de un modelo económico muy competitivo para Navarra.

Por lo demás, estamos trabajando en nuevas fórmulas en las ayudas a la inversión e innovación empresarial; el Plan de Internacionalización de Navarra fomentará que nuestras pymes cooperen con otras empresas y agentes, en actividades ligadas con la innovación, la exportación y el diseño de estrategias; vamos a procurar el máximo desarrollo del IV Plan Tecnológico de Navarra como elemento de impulso de la competitividad empresarial y la creación de empleo productivo; aspiramos a asentar un nuevo modelo de red tecnológica que integre los centros tecnológicos en los cuatro grandes ámbitos de la energía, la agroalimentación, la industria y la biotecnología; ya estamos aplicando algunas de las 25 acciones contempladas en el Plan de Emprendimiento de Navarra 2013-2015, con beneficios fiscales tanto para los propios emprendedores como para las personas e instituciones que apuesten por estos proyectos, invirtiendo su propio dinero; y consideramos una prioridad absoluta la lucha contra la economía sumergida y el fraude fiscal, y trabajamos en el nuevo Plan 2013-2017.

Asimismo, ya estamos desarrollando cuarenta y una de las setenta medidas acordadas junto al Partido Socialista y al Partido Popular en la Mesa para la Dinamización de la economía Navarra conocida como "Mesa por el Empleo".

-----

Todo ello también enlaza con una de las claves de nuestra acción política: la de la modernización de la administración pública. Debemos olvidarnos del modelo de administración vigente durante la fase de gran crecimiento económico, donde la estructura del sector público crecía por inercia del acceso a más recursos.

Y tenemos que avanzar hacia unas administraciones públicas eficientes, celosas del buen uso de los fondos que los ciudadanos ponen a su disposición y con una clara vocación de servicio a la sociedad.

Quienes esgrimen los recortes como arma arrojadiza para hacer oposición política cometen un ejercicio de hipocresía, pues saben muy bien que allá donde gobiernan también se ven obligados a aplicarlos, y saben muy bien que allá donde accedan al poder deberán mantenerlos.

Me parece muy errónea esta tentación en la que, en menor o mayor grado, las administraciones estamos cayendo y que consiste en subir la presión fiscal a través de mayores impuestos y tasas cada vez más altas a una ciudadanía que por otra parte ve mermados sus ingresos. Administraciones y ciudadanos no deben, ni pueden, ir a distintas velocidades.

Me parece muy errónea la línea que llevamos de seguir gastando sistemáticamente más de lo que ingresamos año tras año. Con esa política desgraciadamente tan habitual de la “patada para adelante” estamos cargando las espaldas de nuestros hijos con las deudas que les dejaremos como herencia. Como decía recientemente un reputado analista económico “eso no es solidaridad, sino un atraco intergeneracional”.

Compartiré con ustedes una inquietud personal sobre esa tentación a “acomodarse” que es perceptible en algunos ámbitos de una sociedad como la Navarra que, a pesar de los pesares y se mire por donde se mire, sigue siendo una sociedad rica y privilegiada en el contexto nacional e internacional. Me preocupa que nos ocurra en Navarra ese fenómeno tan extendido en muchas empresas familiares que pierden fuelle tras la tercera o cuarta generación.

Navarra es una historia de éxito desde la segunda mitad del siglo XX. Una historia de desarrollo económico y social admirable que no nos cayó del cielo, sino del esfuerzo y el sacrificio. Así como nuestros antecesores supieron ver y aceptar con decisión las novedades económicas y tecnológicas que aquel final de siglo traía, nosotros debemos ser muy receptivos con los vertiginosos cambios que nos está trayendo el que ahora comienza.

Creo que cometeremos un error gravísimo si, por ejemplo, nos oponemos sistemáticamente a realizar tan siquiera prospecciones sobre yacimientos minerales o nuevas fuentes de energía. Creo que una Navarra obligada a competir en el mundo no puede renunciar a conocer sus recursos naturales y a debatir en profundidad la forma de explotarlos como sabe hacerlo, desde el máximo respeto al medio ambiente y sin abandonar nunca nuestra decidida apuesta por las energías renovables.

Hemos sabido que algunas estimaciones calculan las reservas de gas no convencional en Navarra en 50.000 millones de metros cúbicos, lo que nos aseguraría nuestro abastecimiento para más de cincuenta años y podría alcanzar un valor de 15.000 millones de euros. ¿Realmente estamos en condiciones de negarnos a tan siquiera explorar la posibilidad de comprobar esas cifras y de explotar esa riqueza natural si se confirma su existencia?

No es coherente llenarnos la boca en las tribunas parlamentarias y en los medios de comunicación hablando de la creación de empleos para frenar de antemano, con prejuicios y posturas apriorísticas, las fórmulas que desde siempre ha utilizado la humanidad para crear riqueza y bienestar.

Vivimos tiempos de cambio y de incertidumbre que afectan también muy poderosamente a nuestro entramado político e institucional. Las dificultades económicas han cambiado la percepción que la ciudadanía tenía sobre la política y los usos y costumbres relacionados con ella que se fueron acuñando desde la transición democrática.

Esas dificultades han abonado también las tensiones separatistas en una nación tan plural como la española. Tensiones a las que las instituciones del Estado responden debilitadas debido en buena medida al descrédito que han generado los numerosos casos de corrupción que les han afectado.

Todo ello ha propiciado un caldo de cultivo en el que surgen ideas y propuestas para reformar la Constitución poco meditadas. No es de extrañar que algunas de esas “ocurrencias” se hayan dirigido contra el Régimen Foral de Navarra y el sistema de Convenio Económico al que ya me he referido.



En estos tiempos de confusión cada vez cobran más valor las personas y las formaciones políticas coherentes y dispuestas a defender sus principios al margen de las coyunturas. Además de presidenta del Gobierno, soy la presidenta de un partido, UPN, que es y seguirá siendo la referencia y el punto de encuentro de esa amplia mayoría de la ciudadanía navarra que defiende con vigor la personalidad propia de nuestro viejo reino y su autogobierno.

Unión del Pueblo Navarro ha demostrado sobradamente su capacidad de adaptación a los cambios sociales, no teme las reformas, y colaborará con las modificaciones de la Constitución y nuestro sistema político que sean precisas, siempre que esas modificaciones se hagan de manera meditada, consensuada y respetuosa de la legalidad.

Frente a quienes prometen como solución utópica para todos los problemas la creación de pequeños países independientes de nuevo cuño, UPN apuesta por más Navarra. Por una Navarra con más voz, siempre de la mano de España, en esa Europa que como se está comprobando es la Europa de los estados. Unos estados cuanto más grandes y cohesionados, mejor. Porque ya no es posible desarrollar una política autonómica sin tener en cuenta a nuestro continente y al mundo.

Estamos comprobando día a día como el mundo globalizado en el que vivimos y competimos no sólo exige el mayor tamaño de las corporaciones empresariales sino también una Unión Europea con políticas más comunes y coherentes. Saben ustedes que el núcleo del debate europeo se centra en estos momentos en la unificación bancaria y en algo que indudablemente afecta de lleno a nuestra foralidad como la armonización fiscal.

Esos son los debates que tenemos a la vista, y esos son los debates en los que UPN defenderá los fueros de Navarra desde la coherencia frente a aquellas formaciones políticas que nos anuncian fines de ciclos y futuras coaliciones de gobierno con quienes quieren acabar con la personalidad propia de nuestra Comunidad.

Bueno sería, por lo tanto, que los partidos constitucionalistas dejen de flirtear con quienes quieren acabar con la personalidad propia y el autogobierno de Navarra. Que busquemos acuerdos y

soluciones quienes representamos al sentir de la inmensa mayoría de la ciudadanía Navarra.

Bueno sería que bajáramos el balón al terreno de juego, nos dejáramos de huecas retóricas y defendiéramos el actual marco político español articulado en unas comunidades autónomas a las que se acusa de manirrota sin reconocer que son precisamente ellas las que gestionan la mayor parte de ese modelo de bienestar basado en la sanidad y la educación.

Permítanme terminar esta parte de mi intervención apuntando al desencanto y al desapego ciudadano hacia los políticos como los verdaderos desafíos que debemos afrontar y superar esa inmensa mayoría de personas que nos dedicamos a la actividad política desde la honestidad y las ganas de mejorar nuestra sociedad.

El problema de esos sentimientos no es su traducción en un previsible incremento de la abstención, ni su posible impacto en las mayorías postelectorales de los años venideros. Se trata de algo mucho más grave. Porque la tentación abstencionista es un síntoma de la desconfianza y la desafección que la ciudadanía siente hacia la política y su utilidad para mejorar nuestra sociedad, sobre su capacidad de ofrecer expectativas a las personas, las familias y las empresas. Eso es lo preocupante.